

SU GRAN AMOR 2

Parte 19

“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó” - (Efesios 2:4).

REPASO

Vamos a continuar con nuestro estudio del libro de Efesios. Hemos estado hablando del versículo 4, el cual termina justo en medio de una oración, y sólo vamos a leer hasta ahí por ahora. Este “gran amor” es, lo que quiero que sigamos tratando en esta lección; el “gran amor con que Él nos amó”. Los siguientes versículos continúan describiendo la naturaleza y experiencia de ese gran amor, pero llegaremos a eso pronto.

Si recordamos, la lección anterior la finalizamos diciendo que nuestra comprensión del gran amor de Dios, corresponde a la perspectiva que nos da el Espíritu de nuestra gran necesidad. Es decir, nuestro entendimiento de Su amor es directamente proporcional a nuestro entendimiento de nuestra necesidad. Si nosotros nos entendemos a nosotros mismos como personas que luchan contra el pecado, el amor de Dios para nosotros en Cristo tendrá que ver con el perdón de algunos pecados; pero si nuestro entendimiento de nosotros mismos es el descrito en los primeros tres versículos de este capítulo, entonces el amor tomará una realidad totalmente diferente.

Si usted se conoce muerto en delitos y pecados, vivo en un ámbito de muerte, bajo el poder del enemigo y dándole expresión a su reino, conduciéndose de acuerdo a los deseos de la carne y buscando cumplir en todas las cosas los deseos de la carne y de los pensamientos carnales, e incluso, ser por naturaleza hijo de ira...bueno, entonces, el amor de Dios tendrá que ver con la gran solución para todo eso. Tendrá que ser tanto la destrucción y remoción de todo eso, como el reemplazo de eso por algo que es vida en lugar de muerte; justicia en lugar de pecado; el poder de una vida indestructible en lugar del poder del príncipe del aire; el fruto del Espíritu en lugar de los deseos de la carne; y la participación de la naturaleza divina, como dice Pedro, en lugar de ser por naturaleza hijos de ira.

Esto es lo quiero decir cuando digo que su comprensión del amor de Dios empieza con una mayor comprensión de su condición natural. Ni usted ni yo comprenderemos la solución, si no llegamos a compartir la perspectiva de Dios sobre el problema. Ni usted ni yo veremos la reconciliación, si no iniciamos con la perspectiva de Dios sobre la

enemistad. Ni usted ni yo entenderemos la naturaleza de Su amor, si primero no vemos la naturaleza que debe ser quitada.

LECCIÓN

Así que, el amor de Dios es la gran Solución a la condición que Pablo describe en Efesios 2:1-3. Esta solución es una Persona y dicha Persona nos es dada como Jesucristo. Jesús no nos da una solución, Él ES la solución que nos es dada. Es decir, Jesús es la vida, la justicia, el espíritu, la nueva mente, la nueva naturaleza, etc., que usted y yo requerimos. Él es nuestra paz para con Dios. Más que eso, Él es la muerte que finaliza lo que nosotros no podíamos terminar, y luego es la vida que nos concede lo que nunca habríamos podido encontrar. Cristo es el amor de Dios.

A manera de contraste, veamos el amor tal como es entendido por la mente natural. Para la mente natural el amor es, primordialmente, una emoción del alma que tiene que ver con una afición, deseo, anhelo, fijación o afecto por algo. Nosotros amamos las cosas que pensamos que son buenas o son de provecho para nosotros de una u otra manera. A pesar de que esto puede que le quite algo de la “magia” al amor, en realidad es mucho más simple en el corazón del hombre adámico. La razón del porqué nosotros amamos las cosas, de acuerdo a nuestras definiciones más familiares, es debido a lo que ganamos por medio de ellas, o al placer que obtenemos de ellas. Por lo tanto, el amor se torna en una acción o en un verbo, todas las veces que actuamos en esas emociones.

Supongo que no tengo que probar esto, sino pensar en algo del ámbito natural, algo diferente a la familia, porque en el caso de la familia, el amor natural puede ser elevado a algo ligeramente más que un deseo de provecho propio...aunque no siempre. Creo que en lo natural, algo en el amor de los padres por sus hijos tenemos un reflejo del amor de Dios; no es un buen cuadro, pero es de los mejores. Pensemos en algo más. Helados, futbol, el brillo del sol, sopa de pollo, una casa, un carro, un amigo, una caminata en la playa...lo que sea. ¿Por qué amamos esto? Nos sentimos de cierta manera con respecto a todas estas cosas por lo que nos ofrecen, y luego las acciones se desbordan de emoción. Probamos que amamos los helados por la cantidad que comemos. Probamos que amamos a cierto amigo por la frecuencia con que lo llamamos. Probamos que amamos nuestro carro por las veces que lo lavamos.

No estoy diciendo que eso no tenga valor, tiene su lugar en el ámbito al que pertenecen; lo que sí estoy diciendo, es que realmente no tienen que ver con el término “amor” del que habla la Biblia. No es la naturaleza o realidad del amor de Dios por nosotros. Una vez más, como esta es la manera en que nosotros amamos, en lugar de permitirle a Dios que nos muestre la realidad de Su gran amor, le proyectamos nuestro entendimiento de amor a Él. Es decir, pensamos que el amor de Dios por nosotros es como nuestro amor; un cariño,

una atracción, un anhelo con el propósito de beneficio propio. Esta es la razón por la que dicho entendimiento con frecuencia nos lleva a condenación por un lado, o a complacencia y orgullo por otro. Condenación en aquellos que están seguros que no se merecen ese cariño, atracción o afecto de Dios, y complacencia y orgullo en aquellos que están muy convencidos que ellos sí lo merecen.

Voy a desafiar nuestro entendimiento del amor en esta lección nuevamente. Bíblicamente hablando, el amor no es un cariño ni apego a las personas o cosas para provecho personal, ni las cosas bonitas hechas con esos propósitos, ni las cosas bonitas dichas debido a ese cariño; esa no es la naturaleza del amor de Dios por nosotros. Déjeme decirlo tan claramente como me sea posible. Sentir, hacer y decir cosas bonitas debido a un deseo emocional por algo, no es el entendimiento de amor de Dios. Así es como la mente natural define el amor, y también es el porqué la mente natural se ofende tanto, cuando leemos en la Biblia que Dios hace cosas que parecen contradecir nuestra noción del amor. Nosotros definimos el amor de acuerdo a nuestros corazones, luego leemos la Biblia y escribimos libros y comentarios que explican ese “pasaje difícil” y la manera en que se alinean con lo que nosotros conocemos que es el amor.

Antes de avanzar más, déjeme asegurarle que el amor de Dios es real, poderoso y más allá de toda comprensión. Es mayor, nunca menor, que el concepto de la mente natural, así que usted puede dejar caer sus defensas. No lo estoy guiando a un lugar donde voy a terminar concluyendo: “Por lo tanto, Dios no lo ama”. No. Lo estoy llevando a un lugar donde intercambiaremos la imaginación por la Verdad; a un mucho mejor amor.

¿Cuánta gente ha oído usted en su vida que haya leído la Biblia, o mirado las circunstancias y tragedias del mundo, y usado sus mentes naturales para llegar a una conclusión acerca del amor de Dios? No hay que leer mucho la Biblia para ver que Dios hace cosas y dice cosas en cierta forma, que de una u otra manera, contradicen nuestro concepto de lo que es el amor. Adán expulsado del jardín y maldecido por un error cometido. Caín rechazado, Cam rechazado, Ismael rechazado, Esaú rechazado; luego usted ve naciones rechazadas, cortadas, lanzadas y aniquiladas. Usted ve el mundo entero inundado y destruido, todo menos un hombre y su barco. Usted ve la semilla de Abraham conquistando naciones, quemando ciudades, matando todo lo que tenía aliento, y no pasa mucho tiempo antes de que la definición de “amor igual amabilidad” no encaja. “¡...y yo que pensaba que Dios era un Dios de amor!”

Luego llegamos al Nuevo Testamento y encontramos a Jesús llamándoles a los fariseos “hipócritas, generación de víboras, sepulcros blanqueados”. Lo ve volcando las mesas, azotando el ganado y diciéndole a una mujer gentil, que no es correcto tomar el pan de los hijos y lanzárselo a los perros. En un momento dado dijo: “...*ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen*” (Mateo 7:6). En otro lugar dice de los fariseos: “*Dejadlos; son ciegos guías de ciegos...*” (Mateo 15:14). Una vez escuché decir a un pastor: “¡Eso ni siquiera es cristiano!”.

Esta es la razón por la que dije hace algún tiempo, que el amor no puede ser definido por obras, pero que las obras pueden ser la manifestación externa del amor. Es decir, no podemos mirar las obras y decir: “Eso es amor”. Usted primero debe conocer la realidad del amor, y luego puede ver y comprender algunas de las obras del amor. Primero debemos conocer lo que es el amor, Quién es el amor y cómo obra, y luego podremos entender las cosas que fluyen a partir del amor. El amor nunca será definido por lo que pensamos que es bonito. No podemos mirar una obra y decir: “¡¡Guau!! Eso es realmente amor”. ¿Cómo podríamos saberlo? ¿Se da cuenta usted de cuántas llamadas “cosas por amor” son hechas por religiones muertas, y cuánto tratan, espiritualmente, los seres humanos de ocuparse todo el día haciendo cosas en nombre del amor? ¿Sabe usted cuántas llamadas “cosas por amor” son hechas por cristianos, más por inseguridad, necesidad de auto-afirmación y sentido de madurez espiritual, que las que salen del amor de Dios que obra en sus almas? Debemos dejar de juzgar el amor por las obras y empezar a juzgar las obras por el amor.

¿Qué es el amor? El amor, en esencia, no es tomar cosas para nosotros mismos por cariño, atracción, afecto o belleza. El amor, realmente, es dádiva, participación, derramamiento de vida. Específica y bíblicamente hablando, la naturaleza y la realidad del amor de Dios son la dádiva, participación y derramamiento de Su propia vida en la Persona de Jesucristo. Es compartir Su vida con aquellos que la reciban y vivan por ella, y por tanto, dejen de vivir por la propia. El amor de parte de Dios nos ofrece el gran intercambio de Su vida por nuestra existencia muerta. El amor de parte de nosotros para Dios es la aceptación de dicho ofrecimiento, al perder nuestra vida para hallar la de Él.

Como dije la última vez, no me refiero simplemente, a que las emociones de Dios lo obligan a compartir Su vida, significa que compartir Su vida en Jesucristo es, precisamente, lo que es el amor de Dios. Es decir, no es tanto que Dios sintió algo por usted y por lo tanto le dio a Jesús, sino que el amor de Dios dado a usted ES Jesucristo.

Y eso fue lo que vimos en:

Juan 3:16, *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su hijo unigénito...”*

1 Juan 3:16, *“En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros...”*

1 Juan 4:9, *“En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él”.*

Aquí es donde necesitamos dar un paso atrás y dejar que el Señor nos muestre una perspectiva mayor de Su amor. Necesitamos dar un paso atrás de la manera en que hemos

definido el amor, y por lo tanto, y sin saberlo, de la manera en que hemos definido a Dios. El amor es mucho más que sólo una emoción de Dios, una emoción que lo motiva, el amor, realmente, es lo que Dios es y lo que hace. Eso es lo que dicen las Escrituras: “Dios es amor”. Dios es, por naturaleza, Aquel que busca prodigarse, derramarse, compartirse, darse a aquellos que lo reciban. Y sin embargo, no podemos recibir ese amor sin primero caminar a través de la puerta que tiene sangre en sus dinteles. Este amor, el cual es la dádiva de Su vida, requiere la pérdida de la nuestra. No puede ser de otra manera, Jesús lo dijo una y otra vez.

El amor de Dios por nosotros es una invitación a una participación plena de Su vida, naturaleza y gloria en y a través de la cruz, y por lo tanto, es la necesaria destrucción y rechazo de todo lo demás. Es tanto una oferta como un rechazo, una destrucción y una nueva creación, una muerte y una resurrección, un juicio y una completa liberación.

Una vez dije algo así: “¿Cómo lo ama Dios? Él lo mata y le da la vida de Su Hijo. Él lo ama al ofrecerle una muerte que no podía morir. Él lo ama al crucificarlo con Su Hijo y hacer que dicho Hijo sea su vida”. Entonces, la mente natural dice: “¡¡Espere!!... Yo pensaba que usted había dicho que Él me amaba. Él no me rechazaría ni me mataría si me amara”. Pues ahí es donde estamos muy equivocados. Él no puede amarnos verdaderamente, sin crucificarnos junto con Cristo. Es ahí donde el amor de Dios se manifiesta. Él quita lo que éramos, para introducirnos en la experiencia de todo lo que Él es.

Sé que puede ser difícil de oír, sé que puede sonar gracioso, pero es mejor que la alternativa. La razón por la que rechazamos esto, es porque a nivel del corazón, estamos en desacuerdo con la evaluación que Pablo hace sobre el hombre natural en Efesios 2:1-3; nosotros no vemos nuestra necesidad como Pablo la veía. No nos vemos muertos, enemigos, vasijas del enemigo, hijos de ira por naturaleza. Por eso dije que nuestra perspectiva del amor de Dios corresponde a nuestra perspectiva de nuestra necesidad. Nosotros leemos esos tres versículos como si hablaran de alguien más, pero ellos hablan de lo que usted y yo somos por naturaleza. Ellos no hablan de algo que hacemos, sino de algo que somos; no hablan de una lucha contra un mal comportamiento, sino de algo sobre lo que Dios no puede mirar.

Nos gusta pensar que le caemos bien a Dios de la manera que somos por naturaleza. Nos gusta pensar que Él perdona nuestras partes malas, conserva las buenas y sólo las hace mejor. Decimos cosas como estas todo el tiempo: “Dios nos ama como somos”. “Dios se encuentra con nosotros donde estamos”. Bueno, es verdad que Dios nos encuentra dónde estamos, pero es para poder matarnos. Digo esto en tono de broma, pero en realidad es cierto. Él nos encuentra donde estamos para poder llevarnos a donde Él está, pero la escalera entre un ámbito y el otro es muerte, sepultura y resurrección. Él nos encuentra donde estamos con Su cruz, porque para amarnos debe remover de nosotros todo lo que es horrible, muerte, engaño, nocivo y se interpone en el camino del bien. Esta ES la

manifestación de Su gran amor. Su amor nunca nos dejaría como somos, Su amor es mucho mayor que eso. El amor nos conforma a Su imagen al conformarnos a Su muerte. Nosotros lo malinterpretamos a Él y tratamos de hacerlo como nosotros. Decimos: “Dios odia el pecado pero ama al pecador”, y aunque hay algo de verdad en esa declaración, lo que usualmente fallamos en entender es, que la cruz quita “al viejo hombre con sus obras” (Colosenses 3:9), o “al viejo hombre con sus deseos” (Efesios 4:22). Es decir, la cruz remueve tanto los pecados como al pecador, y nos hace una nueva creación donde Cristo es ahora el todo en todos. Así somos amados por Dios.

La medida del amor de Dios es la medida de Cristo. Él es la anchura, longitud, altura y profundidad del amor de Dios. Cristo es Aquel en quien somos aceptados por Dios: “Aceptos en el Amado” (Efesios 1:6); “...trasladados al reino de Su amado hijo” (Colosenses 1:13). Sólo en la oscuridad de la mente adámica, demandamos que Dios nos ame de otra manera, demandamos que Dios nos ame tal como somos. ¡Amigo, Él hizo algo mucho mejor que eso! Él no tolera o aprende a digerir lo que somos por naturaleza, nos da la propia vida, gloria, Persona y relación de Su Hijo. ¡Qué mayor amor podría haber más que este! ¡Ese no es sólo un sentimiento que Él tiene; es la Persona que Él ha dado! El gran amor de Dios es Cristo dado al alma humana.

La gran pregunta, como siempre, es si hemos llegado a ver como Él ve. El hecho real es, que nosotros mediante el nuevo nacimiento, ya hemos hecho este gran intercambio de muerte por vida. Ya hemos recibido el amor de Dios como la Persona de Jesucristo; Él es nuestra vida. Hemos muerto y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Y sin embargo, en la oscuridad de la mente no renovada, demandamos que Dios ame algo que en realidad ya no existe. Ni siquiera somos la persona que demanda que Él ame, dicha persona ha sido crucificada con Cristo. Somos una nueva creación en Cristo, un nuevo hombre donde Cristo es el todo y en todos.

Déjeme tratar de decirlo de otra manera. El amor de Dios por nosotros es una increíble e inimaginable oferta a perder nuestra vida en la cruz y a hallar a Cristo como nuestra vida. Esta es la gracia de Dios...el don de gracia de una muerte que no podríamos encontrar. El don de una muerte, sepultura y resurrección que son Cristo. La muerte de Su Hijo, la sepultura de Su Hijo y la vida de Su Hijo como nuestra resurrección de entre los muertos.

Así empezamos a entender algo de la naturaleza del amor. Este amor involucra tanto un rechazo como una aceptación; involucra una división. Se trata de llamar a algo “muerto”, y de llamar a algo “vivo”. La eliminación de lo primero y el establecimiento de lo segundo. Este amor implica la muerte de lo viejo y su reemplazo con lo nuevo. Luego, podemos mirar de nuevo esas extrañas pero muy familiares historias de la Biblia y verlas por primera vez. Las vemos de nuevo y nos damos cuenta que Dios siempre ha mostrado el mismo amor. Un amor que tiene que destruir, para hacer nuevo. Un amor que tiene que juzgar, para aceptar. Un amor que tiene que dividir, para hacer uno. Este es un amor

mediante el cual Dios ha rechazado lo que está muerto, y nos ha introducido en el que está vivo.

Vemos este amor demostrado y testificado en las historias de Caín, Ismael y Esaú. No hablo de los individuos; Dios no hace acepción de personas, de las personas individuales aquí. NO. Vemos un amor que está siendo demostrado por medio del rechazo de una semilla y por medio de la invitación a que vivamos por otra. Él rechaza un reino y desea trasladarnos a otro. Vemos un amor que remueve de la tierra todo aquello que es contrario a la Semilla de Dios, a fin de que dicha Semilla pueda ser el todo en todos.

Vemos un amor que rechaza a Saúl como rey, debido a que él rehusó estar de acuerdo con Dios en cuanto a lo que fue condenado. Saúl trató de conservar lo mejor de lo primero en el lugar de lo segundo; y no sólo Saúl. Abraham dijo: “¡¡Ohhh...si Ismael pudiera vivir delante de Ti!!” Labán dijo: “¡¡Ohhh...toma a mi hija Lea en lugar de Raquel!!” Esaú gritó: “¡¡Pero yo soy el primero y Jacob el segundo!!” José le dijo a Jacob: “¡Padre, cruzaste tus manos y le estás dando al segundo la herencia!”

Leemos las palabras ásperas de Jesús y su justa indignación contra los que llamaban a las tinieblas luz y a lo malo bueno. Vemos que lo más amoroso que hacía era pronunciar condenación, no porque Él estuviera condenándolos de corazón o de palabra, sino porque ellos ya estaban condenados por Dios, tal como dice:

Juan 3:17-19, *“Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”.*

Cuando usted y yo empecemos a ver la naturaleza de este amor, podremos juzgar las obras de acuerdo al amor...y no trataremos de juzgar el amor de acuerdo a las obras. Es decir, al entender algo de este amor, veremos cuánto de todo lo que Dios alguna vez ha hecho, dicho, ofrecido, destruido y cortado, ha sido siempre y será una manifestación de la naturaleza del amor. Un amor que rechaza lo que no es Cristo, sólo para que Él pueda prodigar a Cristo sobre cualquiera que lo invoque.

El amor de Dios es la Persona de Cristo, la vida de Cristo que nos está siendo dada. Esa Persona no es un complemento del hombre natural, esa Persona es la destrucción amorosa y finalización de todo lo que Pablo describe en Efesios 2:1-3. Es el fin de la muerte. El fin de la muerte en delitos y pecados. El fin de la enemistad. El fin de ser vasijas del mal e hijos de ira por naturaleza. Es así, porque este gran amor es una oportunidad para perder nuestras vidas para hallar la de Él. Este gran amor es una puerta ensangrentada, por la que usted y yo entramos y solo Él sale. Como vamos a ver en los siguientes versículos, este

amor es el lugar donde usted y yo al ser bautizados en Su muerte, somos vivificados con Él, levantados con Él y sentados con Él en los lugares celestiales; somos muertos al pecado y vivificados para Dios en Cristo Jesús.